



Si alguien querría ser una tortuga

sería yo:

hacer de una sección cónica
mi propia sede prehistórica
alojada en la espina dorsal.

Ser tortuga

tiene algo de ideal:

desde joven luce arrugas
y en sentido literal
se hace mayor con los años
—a más edad
más tamaño.

Post-matrimonial,

sin lazos familiares
después de desovar,
igual a todas y cada una,
naturalmente hija de la luna,
sin embargo
no hay cisma
entre ella misma y sus lares.

Entre tantos avatares,

para mí

que estoy en mí
—puro apremio sin molicie—,
poco cuenta que sea lenta
su marcha en la superficie:

eso

me haría durar
y capaz de entrar al mar,
—que cubre dos tercios del mundo—
sabiendo que si me hundo
gano velocidad. —